

## El "catecismo o compendio universal".

### Antecedentes históricos

Alfredo MORIN, p.s.s.

Este breve estudio no pretende presentar una historia detallada de la *catequesis*, ni siquiera del *catecismo*, instrumento de la catequesis mucho más reciente. Esto desbordaría el tema muy preciso de este número monográfico. Nos proponemos solamente evocar en forma panorámica los antecedentes históricos del *compendio o catecismo universal* y del *catecismo único*, este último, objeto de los deseos expresados por muchos obispos desde el concilio tridentino hasta nuestros días. Por cierto, se trata de dos proyectos muy distintos. El primero es un punto de referencia para ayudar a los obispos a elaborar personalmente o a aprobar sus propios catecismos diocesanos o nacionales. El segundo anhela imponer un solo catecismo uniforme para toda la Iglesia. Pero la historia de ambos viene muy unida y difícilmente separable. Ambos coinciden en parte en sus motivaciones. La historia del uno ayuda a entender la del otro. Por esto los vamos a tratar juntos.

No sobraré recordar aquí que el *catecismo*, librito de teología elemental puesto en manos de catequistas y niños, es un fenómeno moderno. Durante quince siglos, la Iglesia ha formado cristianos sin utilizarlo. En cada época, de acuerdo con la situación concreta en la que le tocaba vivir y con los retos que debía enfrentar, la Iglesia fue elaborando los instrumentos que juzgó más adecuados, o simplemente posibles, para ir formando los discípulos de Cristo en la fidelidad a su Señor.

#### I- Los primeros pasos de la catequesis apostólica. La Iglesia, "secta judía" dentro del Judaísmo.

En un primer momento, muchos cristianos se perciben a sí mismos como una opción (*haíresis*) dentro de un Judaísmo nada monolítico, integrado por tendencias distintas expresadas en teologías notablemente variadas (saduceos, fariseos, esenios...). Más tarde, después de que la "secta" cristiana hubiera sido expulsada por la sinagoga, tomará más clara conciencia de su diferencia con los demás judíos, de su identidad propia. A este nivel, se le presentan dos grandes *retos*:

— Reto para los *judeocristianos*.

Ellos no carecen de preparación al cristianismo. Heredaron toda la riqueza del Antiguo Testamento. La Ley y los profetas anunciaban a Cristo. Pero Jesús, que viene a coronar la preparación multiseccular del Judaísmo, hace una lectura personal de la Biblia que, en algunos puntos importantes, significa una ruptura con el pasado: "Se os ha dicho... , pero yo os digo!". Se hace, pues, una relectura del Antiguo Testamento: la de Jesús (Lc 24, 25ss). Sus discípulos están llamados a superar la justicia de los fariseos y doctores de la Ley (Mt 5, 20). Su punto de referencia último es la persona de Jesús.

Ante el peligro de lecturas erróneas del mensaje salvador y para preservar su identidad, la Iglesia se forjará instrumentos adecuados:

- el *ministerio episcopal* (=de vigilancia);
- el *canon* de las Escrituras, especialmente del Nuevo Testamento;
- el *símbolo* de la fe.

A esa altura, los judeocristianos se forman, favorecidos por su medio fervoroso, caracterizado por las "cuatro perseverancias" evocadas en Hch 2, 42: "perseveraban

- en la enseñanza de los apóstoles (*didajé*),
- en el compartir de sus bienes (*koinoonía*),
- en la fracción del pan (*klásis tou artou*), y
- en las oraciones (*proseujái*)".

Estos son los instrumentos de la unidad (*hénoosis*). Esto es lo que permite a los judeocristianos mantener su fidelidad a su Señor Jesucristo y a distinguirse del resto del judaísmo. Si buscamos algo análogo del futuro "compendio universal" en aquel tiempo, lo encontraremos en el canon de las Escrituras, especialmente en el Nuevo Testamento, de los cuales el Símbolo no es más que un brevísimo resumen, inseparable de lo que viene a compendiar.

— Reto ante los *gentiles*.

Esta comunidad cristiana no es cerrada. Así como el judaísmo atraía "prosélitos de la justicia" (*gueré sedeq*) y "temerosos de Dios", los cristianos atraen a varios gentiles. En un primer momento, estos candidatos tendrán que pasar por la catequesis judía y por la circuncisión antes de ser bautizados cristianos. Pero pronto tendrán acceso más directo a la catequesis cristiana (Hch 10 y 15).

## II- La Iglesia, minoría dentro del mundo pagano: el CATECUMENADO

Después de haber sido secta minoritaria dentro del Judaísmo, la Iglesia, expulsada por la Sinagoga, se vuelve religión minoritaria dentro del mundo pagano.

El nuevo reto: ¿Cómo evangelizar y formar cristianos en un mundo pagano y hostil?

La persecución es frecuente. Los candidatos al bautismo son pocos. Es preciso exigir mucho para que a la hora de la verdad, bajo la presión psicológica y la tortura, los nuevos cristianos no vayan a desfallecer. En este contexto nace el *Catecumenado*, cuya edad de oro cubre los siglos 2º y 3º.

La preparación al bautismo será larga: podrá ser de tres años (Hipólito). Tertuliano insiste en que el bautismo viene a sellar una fe adulta. No es para novatos. Presupone una auténtica conversión, un cambio de vida radical. Es preciso cuidarse de una confianza temeraria en la virtud del bautismo. No se debe otorgar en forma apresurada: "No somos bautizados para acabar con nuestros pecados, sino porque ya acabamos con ellos y ya estamos limpios en el corazón, pues éste es el primer bautismo de quien ha escuchado (la Palabra)". En el mismo sentido se expresa Orígenes (c.240): el bautismo es un don que, para ser eficaz, supone conversión. Primero, se oye la Palabra. Ella nos da la fuerza de erradicar nuestros vicios. El bautismo viene a sellar nuestra conversión. "Si alguien llega al bautismo sin abandonar su vida de pecado, para él no hay remisión de pecados".

Como se ve, en aquel tiempo la insistencia está en la *conversión*. Ante el peligro de las herejías, la preocupación por la unidad en la fidelidad es fuerte: un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. El punto de referencia para todos es Cristo, conocido por las Sagradas Letras. El Símbolo no viene a remplazar la Biblia. Lo reciben los catecúmenos como compendio de lo que han oído explicar por el obispo y que ellos seguirán profundizando toda su vida. La unidad la asegura el obispo. Él hace la selección de los candidatos; él preside todo el proceso del catecumenado; él es el primer catequista; él comenta la Palabra de Dios diariamente, desde el Génesis hasta el Apocalipsis; él recibe el testimonio de los padrinos (*sponsors*) sobre los progresos de los candidatos y su compromiso social; él preside la solemne ceremonia de la Vigilia pascual en la cual los bautiza, confirma y acoge a la mesa eucarística.

La unidad que siglos más tarde se querrá defender mediante un "catecismo único" o un "compendio de las verdades de fe", está asegurada en aquel tiempo por el canon de las Escrituras, resumido en el Símbolo, entregado por el obispo en el ejercicio de su carisma de congregar al Pueblo de Dios en un solo rebaño.

A partir del siglo 4º, el catecumenado va perdiendo algo de su vigor. La situación social de los cristianos pasa por un cambio radical. Con el Edicto de Milán (313) Constantino y Licinio proclaman la libertad religiosa absoluta en su imperio. Más tarde, Teodosio el Grande (+ 395) declarará a los paganos fuera de la ley. El cristianismo se volvía religión oficial del imperio. De minoría reducida, va creciendo rápidamente en número. Pronto será religión de masa. Situación nueva, retos nuevos, soluciones nuevas. Aparece la versión condensada del catecumenado: la *Cuaresma*. Quizás sus mejores testigos sean Cirilo de Jerusalén (c.348) y la monja Eteria (c.400-415).

Los recursos de unidad son los mismos que en el período anterior: el canon de las Escrituras, el símbolo, el obispo en comunión con sus hermanos. Notemos otra vez que el Símbolo no reemplaza la Escritura. Se entrega (*traditio*) solemnemente para marcar una etapa en el noviciado durante el cual el catecúmeno, bajo la guía del obispo, se va familiarizando con la auténtica Palabra de Dios comentada en la liturgia. Lo mismo se puede decir de la entrega solemne del Padrenuestro, y en algunos lugares del Salmo 22 (El Señor es mi Pastor) o del Salmo 116.

Estas *traditiones* no se entienden bien sino en el contexto de las abundantes catequesis bíblico-litúrgicas antiguas. Las suponen, no las reemplazan. Recuerdan *todo* el proceso catecumenal como el agua bendita no reemplaza sino que nos recuerda la eximia gracia de nuestro bautismo. Signo de profunda decadencia será cuando la catequesis se irá reduciendo a los símbolos o cuando éstos irán desplazando toda la riqueza iniciática que debían evocar y recordar.

Notemos que también en esta etapa, la insistencia está en la conversión y en la formación cristiana de los candidatos. Por cierto, este catecumenado condensado ha perdido mucha seriedad si uno lo compara con el catecumenado extenso del período precedente. Muchos buscan ahora el bautismo por interés. Es rentable pertenecer a la religión oficial. La selección ya no es tan estricta. Los obispos están desbordados por la avalancha de candidatos. El proceso catecumenal se vuelve demasiado acelerado: ya no respeta el ritmo lento de una profunda conversión. Con razón los obispos se preocupan: lo importante no es aprender rápidamente unas cuantas verdades de memoria sino acceder a otro estilo de vida. Algunos testimonios de Padres de la edad de oro son elocuentes:

“En verdad, la fe y el bautismo, estos dos modos de salvación, vienen unidos e inseparables, porque si la fe recibe su perfección del bautismo, el bautismo se fundamenta en la fe”. “Primero es preciso creer, luego recibir el sello del bautismo” (Basilio de Cesarea).

“Si alguien no se ha corregido de sus malas costumbres ni se ha ejercitado en la virtud para que se le vuelva fácil, que no sea bautizado” (Juan Crisóstomo).

“Si el baño se da al cuerpo sin que el alma haya borrado las manchas de sus pasiones... , el don del Espíritu Santo no llega de ninguna manera a quien ha sido engendrado así: la ignominia del alma injuria a Dios” (Gregorio de Niza).

### III. La CRISTIANDAD: formar cristianos en un mundo cristiano

Las invasiones bárbaras presentaron un nuevo reto a la Iglesia. Los monjes-misioneros fueron el instrumento providencial de su evangelización. Estos, por millares, edificaron sus monasterios cubriendo la mayor parte de la geografía europea, y poco a poco, los numerosos estados feudales se fueron unificando bajo el signo de la cruz de Cristo. Así iba naciendo un mundo nuevo: la *Cristiandad*.

Ahora el mismo ambiente lleva una cierta impronta cristiana. No tanto como fuera deseable, sin embargo: quedan muchos rastros de paganismo, y la religiosidad popular que se va desarrollando paralelamente a una liturgia latina que el pueblo —y muchos curas— no entiende, ofrece una mezcla ambigua de valores profundamente cristianos y de resabios paganos.

En el período precedente, prevalecía el bautismo de adultos, y la catequesis era prebautismal. Ahora son niños los que se bautizan. La catequesis tendrá que ser postbautismal. Se contará con el ambiente más o menos cristiano para hacerlos crecer en la fe. Los agentes de esta educación son ahora: la mamá en el hogar, la parroquia, a veces también la escuela: presbiteral, monástica, colegial, episcopal.

Durante siglos la vida se desarrollará en el campo, con pequeñas concentraciones alrededor de los monasterios. Pero a partir del siglo 12, van reapareciendo las ciudades. Y brotan las catedrales, casas de Dios al mismo tiempo que casas del pueblo. En ellas cada gremio tiene su capilla. En los pórticos se presentan los autosacramentales. Allí predicán los frailes. Toda la vida política, académica, mercantil, artística, festiva, se va bañando en un mar sacral. Es todo este ambiente, híbrido, el que crea unidad.

En este contexto, el libro que empieza a puntear a fines del Medioevo, desempeña un papel muy reducido. Las madres de familia y los pastores se preocupan por que los niños aprendan de memoria el Símbolo de la fe, el Padrenuestro, el Avemaría, la Salve, a veces el Decálogo, listas de virtudes y pecados, etc... Los sínodos de la época constatan la pobreza de la catequesis y buscan los caminos de una reforma.

### IV. Contra la “prodigiosa ignorancia religiosa”: el CATECISMO

A fines del s. 15 sopla un viento de renovación en la Iglesia. La gran mayoría del clero es ignorante. Los sínodos en muchos países lo deploran y buscan remedio. En muchas partes de Europa, la religiosidad

popular anda contaminada de supersticiones. Muchos de los espíritus más lúcidos piden a gritos una reforma.

Un ejemplo de lo mejor que ofrece la Iglesia en aquellos tiempos necesitados de una nueva evangelización es la admirable figura del cardenal Francisco Ximénez de Cisneros (1436-1517). El santo prelado lanza un programa de reforma que, de haber sido imitado en otras partes, quizás nos hubiera economizado la experiencia traumatizante de la Reforma protestante. Entre los objetivos de su proyecto conviene notar:

— Dar una buena educación religiosa a la gente sencilla, poniendo a su alcance traducciones de autores devotos, traducciones bíblicas y escritos sencillos de buen tenor teológico.

— Reformar la moral y las reglas de las órdenes religiosas, empezando con su propia comunidad franciscana.

— Educar adecuadamente a los futuros sacerdotes.

— Perfeccionar la reforma eclesiástica y la instrucción catequística mediante los sínodos.

Los sínodos de Alcalá (1497) y Talavera (1498) son precisamente los que expresan mejor el vasto proyecto de Cisneros. Entre otras iniciativas fecundas, se obligaba bajo multa a los sacerdotes a enseñar a los niños la doctrina cristiana de acuerdo con el catecismo que el mismo Cisneros había redactado.

Y empieza un período de intensa actividad catequística. El Nuevo Mundo iba a beneficiarse de este nuevo fervor.

¿Qué estructura caracteriza estos catecismos que pululan en el siglo 16? En verdad, muy diversa.

Muchos siguen el modelo común de la Edad Media. Son apenas listas de formularios que todo cristiano debe saberse de memoria: Credo, Padrenuestro y otras oraciones, Decálogo, mandamientos de la Iglesia, septenarios de dones, virtudes, pecados, obras de misericordia, etc. . . . En este caso, la verdadera catequesis pasará por la predicación dominical.

Otros adoptan más bien el esquema agustiniano: fe (Credo), esperanza (Padrenuestro) y caridad (Decálogo). A veces los sacramentos vienen después del Credo; otras veces después del Decálogo.

Otros, en fin, procuran esbozar una historia de la salvación, según el esquema, también agustiniano, del *De catechizandis rudibus*.

Uno de los ensayos más interesantes a este respecto es el *Diálogo de Doctrina cristiana* de Juan Valdés. Detalle interesante: es de 1529 y precede en unos meses los dos catecismos de Martín Lutero. El género literario, como dice el título, es el *diálogo*, por el estilo de los de Platón. Eusebio invita a Antronio, cura ignorante, a hacer una visita a fray Pedro de Alba, arzobispo de Granada, quien dará respuesta a sus preguntas. En la conver-

sación, pasan todos los temas fundamentales de una buena catequesis, que no sea sólo instrucción, sino también edificación. Después de invocar la luz del Espíritu Santo y para ubicar la enseñanza en su debido contexto, se evoca el compromiso bautismal de todo cristiano y se pasa a la explicación del Credo y de los Diez Mandamientos. Innovación admirable, el Decálogo es seguido del Sermón del Monte (Mt 5-7) para asegurar una lectura verdaderamente cristiana —no arcaica!— de los mandamientos, pues, Jesús, con su soberana autoridad, no vaciló en completar la Ley antigua (“Se os ha dicho... , pero yo os digo...”). Otro elemento muy notable es su “brevecito compendio” de la Sagrada Escritura, desde la Creación hasta la gloriosa llegada de Cristo, Dios y Señor nuestro, evocando las bondades históricas de un Dios de amor a favor de un pueblo a menudo rebelde.

Vale la pena señalar que dos décadas antes, fray Pedro de Córdoba, op, usaba un esquema bastante parecido cuando “comenzó a predicar” a los indígenas de Concepción de la Vega (La Española, hoy Santo Domingo) “desde la creación del mundo, discurriendo hasta que Cristo, Hijo de Dios, se puso en cruz”. (1510-1521). De ahí iba a salir el catecismo que Juan de Zumárraga, primer obispo de México, iba a publicar con adaptaciones mexicanas con el título de *Doctrina cristiana para instrucción y información de los indios, por manera de historia* (1544).

Así se reanudaba la tradición, largo tiempo abandonada, del esquema agustiniano del *De catechizandis rudibus*, al cual volverán después Georg Witzel (1533), Constantino Ponce de la Fuente (1543; también publicado en México por Zumárraga en 1545), “Les trois Henry” (1676), Fleury (1683), Bossuet (1687) y varios contemporáneos nuestros: Jungmann, Joseph Colomb, etc...

Este tipo de catecismo bíblico no deja de ser, sin embargo, excepcional. En general se confió la redacción de los catecismos a *teólogos*, y la tendencia fue de hacer de estos nuevos instrumentos de catequesis unos *compendios de teología*, con un lenguaje generalmente muy filosófico, poco bíblico, poco adaptado a la comprensión de los niños y a su formación espiritual. Los mejores, como los de san Pedro Canisio, lograrán a pesar de todo retener mucho del espíritu y aún del lenguaje de la Escritura y de los Padres. Pero el catecismo iba a evolucionar en forma casi inexorable hacia un género literario de enseñanza libresca, escolar. El hecho de que los catecismos heréticos, de Lutero por ejemplo, hayan tenido tanta acogida, precipitó el movimiento. Era preciso luchar contra el error y se vio la necesidad de clarificar la doctrina, presentarla en proposiciones bien cinceladas para confiarla a la memoria.

#### V- La exigencia de puntos de referencia claros

Aquí conviene abrir un paréntesis sobre esta *preocupación de claridad* que animó a muchos prelados en la historia y que les inclinó a hacer

del catecismo un *compendio de la fe* o a reclamar un *catecismo uniforme* para toda la Iglesia universal.

De hecho, el ansia de claridad que se manifiesta en los principales catecismos del siglo 16 (los tres catecismos de San Pedro Canisio, el *Catecismo Romano* de San Pío V, los de San Roberto Bellarmino...) responde a una preocupación constante de la Iglesia desde su nacimiento. Se trata de un valor que ella no puede sacrificar si quiere mantenerse fiel a la enseñanza de Jesucristo.

Esta tendencia de garantizar la fidelidad al "depósito de la fe" a través de medios institucionales (ministerio jerárquico, sucesión apostólica, ordenaciones, dogmas...) ha recibido un nombre: se habla de la tendencia *católica*, frente a la tendencia de la eclesiología *carismática*, que sería propia de las Iglesias oriundas de la Reforma. La primera sería de tipo petrinio, y la segunda de corriente paulina.

No es del caso entrar aquí en un debate que ha sido objeto de muchos estudios bien conocidos. Notemos para ser breves que esta manera de calificar dos mentalidades eclesiológicas en el cristianismo es profundamente ambigua. Se ha querido presentar el modelo carismático de la Iglesia de Corinto, supuestamente desprovisto de estructuras de autoridad y directamente gobernado por los impulsos del Espíritu Santo en cada uno de sus miembros, como un modelo eclesial tan aceptable como el modelo jerárquico. Pero cualquier exégeta sereno tiene que constatar que la Iglesia de Corinto era una comunidad enferma, la que más dolores de cabeza le ha causado al Apóstol de los Gentiles, y cuyos problemas más tarde ocasionarán la primera carta de San Clemente Romano a los corintios. Por otra parte, basta leer con atención las epístolas seguramente atribuibles a San Pablo para convencerse de que Pablo era muy autoritario, tremendamente jerárquico! Y los exégetas protestantes modernos han tenido que rendirse a la evidencia de que la "tendencia católica" no ha nacido con la reforma gregoriana (s. 11) como lo creían los primeros reformadores, ni después del "*consensus quinque saecularis*", o con la era constantiniana, como lo ha afirmado el protestantismo tardío. Por su parte, Adolf von Harnack fija en el siglo 1º el ocaso de la auténtica Iglesia apostólica: con la irrupción del helenismo en la Iglesia del siglo 2º y su matrimonio forzado con el Evangelio habría empezado la "decadencia católica", la proliferación de dogmas expresados en categorías filosóficas griegas, una inflación institucional o, dicho más brevemente, el nacimiento de la Iglesia de la doctrina y de la ley en reemplazo de la Iglesia del Evangelio.

Pero la escuela de Rudolf Bultmann ha mostrado a las claras que el "catolicismo primitivo" (*Frühkatholizismus*) se encontraba ya en el Nuevo Testamento. Lo cual ha obligado a algunos exégetas protestantes, como Käsemann, a restar importancia a estos elementos "secundarios" indeseables para buscar el núcleo verdaderamente cristiano del Nuevo Testamento: "¡el canon dentro del canon!".



De hecho, los dogmas trinitarios y cristológicos elaborados en Nicea, Constantinopla, Efeso y Calcedonia no son derivación de una infidelidad al espíritu de Cristo, sino una evolución necesaria de una Iglesia que luchaba para conservar el tesoro recibido de su fundador y que veía la necesidad de traducirlo en el lenguaje de otra cultura.

La preocupación de los obispos que han pedido la elaboración de un nuevo "compendio de la fe" se inscribe en esta larga tradición.

#### VI- El clamor por un catecismo único

En 1586, los catecismos de toda clase se habían multiplicado en España a tal punto que el P. Gil González afirmaba: "Cada colegio y cada maestro de escuela de niños tienen un catecismo diferente, y algunos muy largos y teólogos en los misterios de la Santísima Trinidad y Eucaristía".

Esta queja no era nada nueva. Ya se había expresado muchas veces antes. El concilio de Trento, en sus asambleas del 5 y del 13 de abril de 1546, manifestaba la necesidad de elaborar un catecismo "*pro pueris et indoctis*", sacado de la Escritura y de los Padres. Se confiaría la redacción a hombres doctos y piadosos. A la hora de la verdad, este voto no se cumplió. Lo que sí será editado en 1566 será un *Catechismus ad parochos*, obra valiosísima en la que la Iglesia se pronunciaba sobre lo que se debe enseñar a los fieles y en qué espíritu. Su estructura es bien conocida:

- Símbolo de la fe,
- Sacramentos,
- Decálogo,
- Padrenuestro.

Cabe notar que en forma muy acertada este compendio de la fe coloca los sacramentos a continuación del Credo, entendiendo la *communio sanctorum* como *communio sacramentorum*. Es importante señalar también que la preocupación de los redactores expresada en la introducción no se limita a preservar la ortodoxia. Ni pretende el catecismo exponer rigurosamente todos los dogmas (*Non sunt exacte universa nostrae religionis dogmata hic discussa*). Quiso que sólo se propusieran las cosas que pudieran ayudar al piadoso celo de los Párrocos, si no estuviesen muy versados en las cuestiones más difíciles de la teología. "Siendo nuestra misión aquí formar pastores de almas, ¿qué es lo que, sobre todo, deben éstos tener presente para cumplir debidamente con su cargo?"... "El celo del maestro de la Iglesia se dirigirá principalmente a que los fieles deseen de veras conocer a Jesucristo, y éste crucificado; y que se persuadan ciertamente, y crean con afecto íntimo de corazón y piadosamente que no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del Cielo por el cual debemos salvarnos...". Se invita a "andar el mismo camino que El mismo anduvo...". "La Ley y los Profetas se cifran en la caridad". El Párroco debe procurar

“que el pueblo se excite a amar la bondad inmensa de Dios para con nosotros...”.

Muy presente está la preocupación pedagógica: “los Párrocos... deben acomodarse a la capacidad de cada uno”, siendo “necesario mirar con cuidado quiénes necesitan leche, quiénes de manjar más sólido, y dar a cada uno aquellos alimentos de doctrina que aumenten su fervor”. “El Párroco empleará el método de enseñar que se considere acomodado a las personas y al tiempo”.

En cuanto a fuentes, “los Párrocos sacarán su palabra de la Escritura y de las Tradiciones”.

Menos de dos décadas después, en su gran empeño de implementar el concilio tridentino, el 3er concilio de Lima (1583) lanzaba su *Doctrina cristiana y catecismo para instrucción de los indios... en castellano, quechua y aymara* (1584), obligatorio para toda la provincia eclesiástica, o sea, desde Nicaragua hasta la punta del Cono Sur. El año siguiente salía de prensa el *Tercero Catecismo y Exposición de la Doctrina cristiana por sermones, para que los curas de Indios y otros ministros prediquen y enseñen a los Indios y a las demás personas*.

Cabe notar que si bien Trento no logró publicar su deseado catecismo “*pro pueris et indoctis*”, otros catecismos con abundantes aprobaciones jerárquicas llenaron mal que bien el vacío: para Alemania las valiosas obras de San Pedro Canisio; las de San Roberto Bellarmino para Italia y varios otros países; el de Auger para Francia; Astete y Ripalda para España y posteriormente para Hispanoamérica. Los Romanos Pontífices recomendaron mayor unidad catequística y muchos sínodos impusieron un catecismo único para su región, casi siempre el de Canisio, o Bellarmino, o el *Catecismo Romano*.

A este respecto llama la atención el itinerario del catecismo de Bellarmino. En un Breve de 1598, Clemente VIII exhortó a todos los obispos del mundo a “poner todo su empeño para hacer adoptar en sus respectivas iglesias, diócesis y parroquias este catecismo escrito a petición nuestra”. De hecho, fue traducido en más de 60 lenguas. En 1633, Urbano VIII recomendó su uso en las misiones. Un siglo más tarde, Benedicto XIV, en una constitución especial dirigida a todos los obispos de la Iglesia, aconsejaba su adopción como texto oficial en todas las diócesis. Luego se propondrá como modelo en Vaticano I.

Clemente XIII (1758-1769) hizo reeditar el *Catecismo de Trento* y pidió a los obispos que lo hicieran utilizar por todos los responsables de la instrucción religiosa a fin de propiciar la unidad, caridad y concordia en la Iglesia.

El movimiento a favor de un catecismo único creció en las dos décadas que precedieron al concilio Vaticano I. Más de veinte concilios

provinciales se inclinaron por la uniformidad del texto. Todo aquello iba preparando el gran debate de Vaticano I.

### Vaticano I

Vaticano I fue el concilio que más atención le puso al proyecto de catecismo uniforme para toda la Iglesia. El esquema "*De parvo catechismo*" fue distribuido a los Padres el 14 de enero de 1870. Fue debatido en ocho congregaciones generales acaloradas. La discusión sufrió por el hecho de mezclarse consideraciones que no eran directamente de orden catequístico. Algunos Padres parecían confundir unidad con uniformidad, refugiándose detrás del slogan: "Una sola fe, un solo catecismo". Muchos no lograban disociar el debate sobre la infalibilidad pontificia y el problema de la oportunidad de publicar un solo catecismo para la Iglesia universal. Temían que un voto negativo fuera interpretado como un desaire al Sumo Pontífice. La intervención airada del cardenal Haynald (Hungría) da una idea de la confusión de temas que hubieran debido ser tratados en forma separada y con más serenidad. El prelado provocó reacciones indignadas cuando declaró: "Catequizar al pueblo es uno de los grandes deberes y derechos de un obispo; si hoy se nos dicta un catecismo, mañana se nos querrá dictar nuestros sermones". Por su parte, el cardenal Rauscher, arzobispo de Viena, protestaba: "Nuestros vigilantes enemigos clamarán: ¡He aquí que determinan un solo y mismo catecismo para los alemanes y los indios, oh supina ignorancia de la pedagogía!".

Luego de 6 días, 41 discursos y varias peticiones escritas de enmienda, el esquema fue devuelto a la comisión redactora que no hizo más que correcciones menores. Luego de otros dos días de intervenciones orales y otras 20 enmiendas, se pasó a votación el 4 de mayo de 1870. Resultado: sobre 591 votos: 491 a favor del proyecto de catecismo único; 56 en en contra y 44 *juxta modum*. El final abrupto del concilio debido a la declaración de guerra franco-prusiana no permitió hacer proclama solemne de esta decisión. Pero de todos modos, ya quedaba evidente que el viento soplaba muy fuerte hacia la uniformidad. Entre los votos desfavorables se encontraban los del cardenal Mathieu, arzobispo de Besancon, el cardenal Rauscher, arzobispo de Viena y un catequista de prestigio: Mons. Dupanloup, obispo de Orléans.

En 1905, Pío X publicaba su propio catecismo y expresaba el deseo de que fuera adoptado por lo menos por los obispos italianos.

En 1917, en la época de elaboración del *Código de Derecho Canónico*, Benedicto XV nombró una comisión encargada de redactar un catecismo universal, concebido como una codificación de toda la doctrina cristiana, que debía servir de modelo para todos los demás catecismos. El proyecto fue aplazado *sine die*. El *Catechismus catholicus* del cardenal Gasparri (1930), uno de los arquitectos del C.I.C., tampoco logró imponerse.

### Ventajas y desventajas de un catecismo único

Llegados a este punto, será interesante cotejar los argumentos presentados *a favor* de un catecismo único.

— Asegurar la *unidad* y la *pureza* de la doctrina ante la proliferación de catecismos a veces muy deficientes. En lo que interesa Hispanoamérica, esta preocupación ya se había manifestado claramente en el 3er. concilio de Lima ante la multiplicación de cartillas en lenguas indígenas, elaboradas por lenguaraces a veces improvisados.

— Facilitar la tarea de los obispos, al ofrecerles un instrumento ya hecho, liberándolos así del cuidado de elaborar el suyo propio.

— Ofrecer a los catequistas un punto de referencia de máxima autoridad.

— Adaptarse al fenómeno de la movilidad de las poblaciones. Resulta muy significativo que en Vaticano I, entre los defensores más ardientes del catecismo único, estaban los obispos de Niza (Francia), donde transitaban muchos extranjeros, y Savannah (EE.UU.), donde iban a parar innumerables inmigrantes.

Por último, se agrega hoy la siguiente ventaja:

— Ofrecer a los católicos un instrumento para hacer conocer mejor las enseñanzas de Vaticano II en un momento en el que los medios de comunicación social facilitan la circulación de toda clase de ideologías, sin que uno pueda discernir siempre el buen grano de la paja.

Los críticos de este proyecto han presentado, entre otros, los siguientes argumentos *en contra*:

— Uno de los grandes retos de la Iglesia es *evangelizar las culturas*. Esto supone traducir el mensaje evangélico no sólo en lenguas distintas, sino también en categorías mentales y lenguajes distintos. Es preciso volver a emprender para cada medio cultural la obra de inculturación emprendida por la Iglesia antigua en el mundo helenístico (cf. Clemente de Alejandría, etc.). Un catecismo único iría en sentido contrario a este imperativo pastoral.

— El catecismo único acabaría con el legítimo pluralismo que ha caracterizado la historia de la Iglesia desde el mismo Nuevo Testamento.

— Sería dar un paso atrás del *Catecismo Romano* que invitaba a los párrocos a acomodarse a las personas y el tiempo. Y se arriesgaría sacrificar los ricos aportes de la pedagogía religiosa desde el movimiento de Munich hasta nuestros días.

— Los momentos históricos que viven las distintas naciones obligan a diferenciar las insistencias. Pablo adaptaba sus catequesis a los problemas concretos de sus distintas comunidades. Un catecismo para países del

Tercer Mundo o para territorios de Misión debe adaptar su luz a las distintas situaciones y retos concretos.

— El concepto de catecismo único para resolver la actual crisis religiosa y moral se alimenta de la ilusión de que bastaría con disponer de un catecismo “seguro y claro” para que nuestra gente lo haga vida.

— Para América Latina, después de Vaticano II, Medellín y Puebla, no se ve muy bien qué podría aportar *otra* obra de referencia doctrinal.

— De todos modos, un catecismo no puede ser una mera codificación de verdades dogmáticas, un Denzinger simplificado “*pro rudibus*”. Un catecismo no puede desconocer la “jerarquía de las verdades” y poner todo lo que “se debe creer” en un mismo plano.

En 1961, antes del concilio, escribía el P. Domenico Grasso, s.j.: “No está de más observar que después de Benedicto XV, o sea, a partir del momento en el que se ha entendido mejor la importancia de la adaptación en la educación religiosa, el deseo de un catecismo único no ha vuelto a ser presentado por las autoridades eclesíásticas (de Roma). Ni Pío XI, ni Pío XII, ni Juan XXIII, a pesar de haber insistido enormemente sobre la urgencia de la instrucción religiosa, han vuelto a hacer la menor alusión a un catecismo que habría que hacer adoptar por toda la Iglesia”. Y agrega que hoy por hoy (1961), asistimos a una especie de compromiso entre “la anarquía catequística” de la que se quejaba en Vaticano I el obispo de Carcassone, y el texto único universal: los catecismos nacionales.

A los pocos meses de escrito se vió que el diagnóstico de Grasso pecaba de optimista.

## Vaticano II

De hecho, en el período de preparación a Vaticano II, resultó evidente que el deseo de un catecismo único para la Iglesia universal no había muerto. Apenas estaba dormido. En la documentación preparatoria al concilio, uno no encuentra menos de 22 peticiones a favor de este multi-secular anhelo. Se destaca una recomendación para resucitar el proyecto de 1917 de una codificación de las enseñanzas básicas con el nuevo rótulo de *Catechismus Fons*. Pero esto no agotaba todo el abanico de las sugerencias. El obispo de Beauvais, por su parte, se hacía el abogado de otro proyecto: un *Directorio*, o sea, unas pautas catequísticas adaptadas a los distintos grupos de edad.

A la hora de la verdad, la nueva ola de peticiones a favor de un catecismo único se murió en la playa. No tuvo acogida en Vaticano II. A la apertura del concilio (octubre 11 de 1962), la agenda incluía un esquema sobre la “cura de almas”, con un capítulo sobre catequesis. Dicho texto presentaba el proyecto de directorio e ignoraba el del catecismo único. De todos modos, no se llegó a discutir. La única huella que dejó

todo este proceso se encuentra en el decreto *Christus Dominus* sobre el deber pastoral de los obispos (44): "Compóngase... un Directorio sobre la instrucción catequística del pueblo cristiano, en que se trate de los principios y ordenación fundamentales de dicha instrucción y de la elaboración de los libros que hacen al caso...".

El *Directorio Catequístico General* pedido por el Concilio fue publicado en 1971 por la *Sagrada Congregación para el Clero*. No tiene nada que ver con un catecismo único, pues ni es catecismo, ni tienen sus normas carácter vinculante, fuera del requisito de aprobación por la Santa Sede de las publicaciones catequísticas oficiales destinadas a todo un país.

En adelante, el deseo de los obispos de poseer un instrumento cómodo y claro para ayudar a elaborar catecismos o a evaluar los existentes se expresa de otra manera. Bien lo expresó, y en forma muy matizada, el Papa Juan Pablo II el 15 de abril de 1983 en un discurso al *Consejo Internacional para la Catequesis*: "La discusión en torno al segundo tema de vuestro congreso, *Esquema de doctrina cristiana*, habrá puesto de relieve, si no la necesidad, al menos la gran oportunidad de una síntesis clara y segura de las verdades fundamentales de la fe, que deben ser transmitidas y enseñadas a todos los fieles de forma explícita y segura, teniendo presente el espíritu propio del Concilio Vaticano II".

El Sínodo extraordinario de 1985 publicó el 9 de diciembre una recomendación que iba en el mismo sentido: "Se desea de forma unánime un catecismo o compendio de toda la doctrina católica sobre fe y costumbres, una especie de punto de referencia para los catecismos o compendios que se redactarán en las diversas regiones. La exposición será bíblica y litúrgica, ofrecerá la doctrina recta y se acomodará a la moderna mentalidad de los creyentes".

En la misma línea, el Santo Padre en su discurso del 15 de noviembre de 1986 a la *Pontificia Comisión para la preparación del catecismo universal* puntualizaba: "El catecismo que estáis llamados a elaborar se enmarca, pues, en el surco de la gran tradición de la Iglesia, no para sustituir los catecismos diocesanos o nacionales, sino con la finalidad de ser para ellos *punto de referencia*. No quiere ser, pues, un instrumento de chata *uniformidad*, sino una ayuda importante para garantizar la *unidad de la fe*, que es una dimensión esencial de aquella unidad de la Iglesia que 'brota de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo' (S. Cipriano, *De oratione dominica*, 23; PL 4, 553)".

En esta forma se ha llegado a un acertado equilibrio después de los forcejeos pasados entre partidarios de la unidad-uniformidad y los obispos defensores de un sano pluralismo exigido por la necesidad de adaptarse a edades distintas, culturas diferentes, situaciones históricas dispares. Y Roma ejerce su carisma de unidad sin imponer una uniformidad empobrecedora. Cumple su servicio ayudando a los obispos a cumplir su ministerio con la libertad y responsabilidad de los hijos de Dios.

### Resumen y conclusiones

Nuestra rápida mirada panorámica nos ha revelado que para educar a sus hijos en la fe, la Iglesia ha organizado su catequesis en forma distinta de acuerdo con los retos de cada época. La unidad y la fidelidad en la doctrina son valores que siempre ha defendido.

— En un primer momento, “secta judía” sumergida en medio de Israel, la Iglesia educa a sus miembros en la misma forma como lo hacía el Judaísmo, aprovechando toda la riqueza y las instituciones de éste, especialmente sus Libros Sagrados releídos con la soberana autoridad de su Señor Jesucristo. Poco a poco un nuevo canon bíblico incluye las nuevas riquezas de la experiencia propiamente cristiana: el Nuevo Testamento. Este asegurará la unidad del nuevo Pueblo de Dios, junto con el ministerio jerárquico y el símbolo de la fe.

Hasta el “Concilio de Jerusalén”, los gentiles tienen acceso al nuevo Camino en la misma forma como se ingresa al Judaísmo: judaizando. En un segundo momento (Hch 15), gracias a nuevas luces del Espíritu acogidas por Pedro (Hch 10) y Pablo, encontrarán acceso directo, sin pasar por la circuncisión.

En cuanto a los niños de hogares judeocristianos, ellos hacen el aprendizaje de su fe aprovechando el ambiente sacral de su familia y de la comunidad cristiana, en el marco educativo de las “cuatro perseverancias” (Hch 2, 42). La catequesis familiar remonta, pues, a los primeros momentos de la vida de la Iglesia.

— Cuando la Iglesia sale expulsada del regazo del Judaísmo y se encuentra como minoría en un mundo pagano hostil, organiza su *Catecumenado*, largo noviciado presidido por el obispo, quien personalmente explica las Escrituras, inicia a la liturgia e invita a cada candidato, acompañado en todo el proceso por su *sponsor* (padrino, director espiritual), a un compromiso de servicio.

La era constantiniana provoca un crecimiento masivo del número de catecúmenos. Para enfrentar este nuevo reto, el catecumenado se hace más compacto. No sin dificultad los obispos procurarán que la *Cuaresma* venga a sellar una auténtica conversión. Los puntales de la unidad son siempre los mismos: el canon, el símbolo, el obispo.

— El panorama cambia del todo cuando nace la *Cristiandad*. La gran mayoría de los cristianos son bautizados en la infancia. La educación cristiana vendrá después, si acaso. La familia y el medio más amplio de vida son nominalmente cristianos. Pero el paganismo ha dejado huellas profundas. Las evaluaciones sobre la instrucción religiosa que hacen los sínodos de la baja Edad Media no son nada optimistas. Muchos deploran la “prodigiosa ignorancia” del pueblo y de los clérigos. Van apareciendo poco a poco obras de instrucción y edificación para colmar el vacío:

Gerson, San Antonino... Estos pastoralistas van pavimentando el camino que conduce a la gran novedad del siglo 16: el catecismo.

— El siglo 16 es, pues, el siglo del *Catecismo*. Este nace de la preocupación de poner remedio a la gran miseria de la educación religiosa. El catecismo no nace solamente instructivo: nace edificante. Los catecismos de Valdés, de Lutero, de Canisio y el de Trento, quieren ser luz y calor; quieren informar y convertir, acercar de Dios.

El peligro constante de la herejía obligará a Bellarmino a acentuar el aspecto escolástico y jurídico de su catecismo. Este, masivamente acogido, marcará la índole de la mayoría de los catecismos posteriores. Prevalecerá el aspecto de compendio teológico de la fe sobre la preocupación pedagógica. Y cuando la catequesis vaya a pasar del ámbito de la familia o del templo al aula escolar, la tendencia libresca y académica del catecismo quedará sellada por mucho tiempo. Hasta que el movimiento de Munich vuelva a descubrir la otra vertiente demasiado descuidada: la vertiente pedagógica, iniciática.

— Hoy vuelven a resonar las quejas sobre la “prodigiosa ignorancia religiosa” de la nueva generación. Algunos prelados han buscado colmar el vacío volviendo a catecismos del siglo 16 ligeramente reciclados. Otros han pedido a la Santa Sede un catecismo único, garantía de ortodoxia en un panorama caótico. Las últimas decisiones de la jerarquía indican un camino distinto, un camino de sabiduría.

El *Directorio Catequístico General* de 1971 ofrece a los redactores de catecismos un conjunto de pautas muy útiles, sin carácter vinculante, que respetan los fueros de los obispos, primeros responsables de la formación religiosa en sus diócesis (*Ad gentes* 20; *Christus Dominus* 12; *Lumen Gentium* 25; *Dei Verbum* 25; *CIC* 775, 1).

El proyecto de *Compendio universal* es también muy respetuoso de la responsabilidad propia de cada obispo. Los primeros destinatarios son los obispos “a quienes incumbe la tarea de componer y/o aprobar los catecismos nacionales y/o diocesanos”. La relación que presentó el cardenal Ratzinger en el último sínodo muestra con qué seriedad se está llevando a cabo este servicio. Algunos de los siete obispos redactores son conocidos por su larga experiencia en la catequesis. Los cuarenta consultores les brindarán un apoyo valioso por el extenso abanico de competencias y culturas que representan.

El esquema de estructura tripartita adoptado es válido. El ubicar los sacramentos a continuación del Credo significa volver a la buena tradición de la catequesis patristica y del *Catecismo Romano*, y devolver su verdadero sentido a los sacramentos como continuación en el tiempo de la Iglesia de las bondades del Señor. Este esquema, sobre todo si se vincula la parte sacramental con la precedente, se presta para hacer una presen-



tación dinámica del plan de Dios en la historia como acertadamente lo proponía San Agustín.

Y ya que el proyecto se abre a una amplia consulta, nos atrevemos a sugerir que se aproveche en la parte "verdades" el plan fecundo que presentó el Papa Juan Pablo II en su discurso inaugural de Puebla: La verdad sobre *Jesucristo*, la verdad sobre la *Iglesia* y la verdad sobre el *hombre*. Este esquema, acogido por la 3ª Conferencia de los Obispos Latinoamericanos en Puebla (1979) se prestó a una rica presentación de la *historia salutis*, recogiendo así lo mejor de la tradición bíblica y patristica. Porque sin duda no bastará con salpicar el compendio con citas bíblicas y patristicas para que resulte bíblico y litúrgico, sino que es el mismo esquema de la historia de la salvación el que deberá organizar el conjunto. Este esquema debería prestarse para recoger la inmensa riqueza del Vaticano II.

En fin, ante las numerosas críticas, a veces despiadadas, que ha suscitado el proyecto de un *compendio universal*, preferimos adoptar una actitud de franca colaboración. Por cierto, la historia de la catequesis nos muestra que todo no ha sido luz en el pasado. Existe el peligro de despertar viejos demonios que periódicamente han venido a empobrecer el ministerio de la catequesis. Pero aquí está precisamente el nuevo reto que se nos presenta. Tenemos la oportunidad de lograr una reflexión eclesial que nos permita dar un nuevo paso adelante, aprovechar mejor la riqueza de Vaticano II. ¡Ojalá no dejemos pasar de largo este *kairós* providencial!